

"El Correspondiente de París"

(Hoja autógrafa semanal para el servicio de la prensa americana.)

Redaccion y Admou: 17 y 19 rue Maubeuge.

Paris.

Año II. - Núm. 40.

Paris 3 de Febrero de 1889.

Sumario: Ojeada á la situación: El triunfo de Boulanger. París el día de las elecciones. Opinión ilustrada. La crisis permanente.
- Extranjero: Agitación en Hungría. Una muerte misteriosa. - Alcance.

Ya está el general Boulanger en la cumbre ansiada desde donde puede divisar la tierra de promisión ó el sonado Capitolio; ya es diputado por París, la ciudad por tantos títulos ilustre, la capital del mundo civilizado, el cerebro y el alma de la humanidad, como llamaba el inmortal Victor Hugo á la ville lumière en una de sus admirables y portentosas hiperboles.

245.000 votos arrastró á las urnas su candidatura contra 153.000 obtenidos por M^r. Jacques - el pobre Jacques como aquí le llaman los chuscos - su contrincante. Ha sido este un acontecimiento tanto más importante - sea cual fuere la clasificación que podría hacerse de los 245.000 votos emitidos el domingo anterior en favor del general Boulanger; cuanto que la lucha electoral ha sido por todo extremo ruda y empeñada.

"Es de todo punto evidente - decíamos nosotros poco más ó menos en nuestra última crónica - que todos los electores descontentos de París votarán por el ex-ministro de la guerra."

Los descontentos en París y en el Departamento del Sena - ¿por qué no podríamos decir en casi todos los departamentos de Francia? - figuran hoy en una considerable mayoría: tal es el hecho que resulta con incontestable evidencia de la última elección; y como nosotros hemos de ser cronistas imparciales de los sucesos, dejando de lado la más ó menos penosa impresión que haya podido particularmente causar el resultado del escrutinio, no caeremos en la tentación ni cometeremos la bellaquea de negar aquel hecho incontestable, si bien no nos faltarian grandes y poderosas razones para explicarlo y quizás atenuarlo á pesar de su indiscutible importancia.

Falta, pues, á saber si ese descontento general de que la elección del domingo ha sido una tangible prueba es el hecho de una coalición de partidos y de intereses, como han venido afirmando hasta ahora los adversarios del general Boulanger, ó bien si es el resultado de un desacorde político entre la opinión y los representantes de los poderes públicos por las faltas cometidas, de muchos años á esta

(2.)
parte, por el Gobierno y por el Parlamento.

Desde luego nosotros opinamos - y permitasenos esta pequeña expansion - que el éxito del general es debido a la vez a las dos causas. Gracias a la coalición tácita o pactada que existía entre el llamado Comité del partido nacional (o boulangista) y los elementos de la restauración monárquica, Mr. Boulanger ha podido reunir alrededor de su nombre esa mayoría de 82000 votos que le han dado los electores del conde de Paris y del príncipe Victor. En cuanto al núcleo principal de los sufragios emitidos por los electores parisienses en favor del ex-ministro de la guerra, es para nosotros indubitable que está constituido por esa inmensa masa de gente a la que nos referíamos en nuestra revista del último domingo cuando decíamos que pulula y se coloca enfrente de todos los gobiernos, como quiera que se llamen y representen lo que representen, por amor a lo desconocido y por cansancio y disgusto contra lo existente. Este núcleo de descontentos recalcitrantes y sistemáticos ha existido en todos los tiempos y en todos los países. ¿Es que ahora su número se ha presentado más compacto y la masa ha crecido al calor de las circunstancias y del ambiente especial en que la han dejado agitarse los errores de los unos, las torpezas de los otros y, sobre todo, la negligencia y el abandono de las llamadas clases dirigentes (perdonémos el galicismo), entregadas hasta ahora a la informalidad, a la rutina, cuando no al dolce far niente que tan caro suele pagarse en política en estos momentos de cansancio y hastío que atraviesan periódicamente los individuos como los pueblos? - Esto es lo que, en nuestro concepto explica la última elección, cuyo resultado, que coloca el problema político de Francia en una situación especial y peligrosa a partir del domingo anterior, no ha dejado de producir honda sensación en todas las naciones de Europa.

No queremos terminar este punto de nuestra crónica de la última semana, sin resumir un concepto que ha publicado el Daily Telegraph de Londres a propósito de la elección del domingo.

Hace observar desde luego que Francia es tan pobre en hombres de Estado capaces, y los que posee gozan de una consideración tan mediocre, que nada tiene de sorprendente la elección del general Boulanger. No es que éste haya sido elegido - dice - por sus cualidades de hombre de Estado, que en ninguna ocasión ha puesto de relieve. El descontento público ha labrado su éxito, y él ha aprovechado la situación actual para coaligar alrededor de su nombre a todos los descontentos.

"Como quiera que sea - añade textualmente el Daily Telegraph - no hay que exagerar el peligro de la situación en Francia ni mostrar se por ello demasiado pesimista. Nosotros no acertamos a ver como la elección del 27 podría cambiar en algo el fondo de la situación actual: en una palabra, parecemos que no puede irrogar ningún perjuicio ni a la República ni aun a la Exposición, cuyo éxito el general Boulanger,

(5.)
demasiado hábil, no querrá comprometer por un acto irreflexivo. — Sin
 duda el triunfo del general ha herido de muerte al gabinete Floquet;
 pero una vez éste haya presentado la dimision — y esto no tarda —
 rá en ocurrir — no sabemos ver en qué puede quedar perjudicada
 la República. — Y termina diciendo: "En el caso improbable en
 que Mr. Boulanger intentara un golpe contra la República, fran-
 cia haría aminorar toda su popularidad en el corto espacio de 24 horas."

* * *

Dejando ya de lado toda consideracion de orden puramente po-
 lítico, vamos a tratar de dar a nuestros lectores una ligera idea del aspecto q^e
 presentaba el Domingo la gran Capital con motivo de las elecciones.

Desde luego hubiera podido creerse q^e la eleccion del domi-
 go, muy ardiente de sup y muy disputada, daría al Paris q^e vota una fi-
 sonomia particular. Aparte la natural impaciencia q^e durante algunas
 horas dominó a la multitud a partir del momento en q^e comenzó el escru-
 tinio, nada ocurrió de extraordinario; y es ciertamente plausible ver a to-
 da una gran ciudad trasladarse poco menos q^e en masa a las urnas
 sin ruido, sin desorden y cumplir con la calma y seriedad más completas
 la mision electoral q^e el país le habia encomendado. — La cosa es dig-
 na de q^e la mediten todos aquellos q^e desde 1848 acá no cesan de que-
 rar la posibilidad de hacer la educacion del sufragio universal. Esta
 educacion está hecha — hablamos de Francia o, por lo menos, de Paris —;
 así es q^e no dejó de ser para nosotros, educados en nacion tan llena
 de preocupaciones de escuela como España, un espectáculo recon-
 fortante q^e tenía su particular y típica grandera, el de ver como
 el elector parisiense, comunmente calificado de turbulento, se dirigia
 sin emociion y completamente poseído de si mismo a ejercer la
 libertad del sufragio en medio de la mayor tranquilidad y en inca-
 lidad de ciudadano q^e se encuentra en la plenitud de sus derechos ci-
 viles.

Fuertes en la mision q^e iban a cumplir, los electores se pre-
 sentaron desde las primeras horas a depositar su voto en las urnas.
 Entre 8 y 10 de la mañana, la afluencia fué tan grande en ciertas sec-
 ciones, que un gran número de ellos hubo de renunciar momentáneamen-
 te a votar y volver más tarde a los colegios, cuando éstos estuvieron más expeditos.

Diversos incidentes, la mayor parte sin importancia aunque al-
 gunos bastante curiosos, ocurrieron durante la jornada; pero no haríamos
 interminables si quisiéramos reproducir una mínima parte siquiera de los
 más salientes que nos han dado a conocer los periódicos, los cuales en esta
 ocasion han hecho verdaderos prodigios de noticierismo a fin de satisfacer
 en lo posible la insaciable curiosidad del público inmenso que estuvo es-
 tacionado durante todo el día y la mayor parte de la noche del domi-
 go en los boulevares.

Durante la noche precedente, y después mientras duró la elec-
 cion, los carteleros habian hecho un derroche inverosímil de manifestos y
 proclamas. Todo Paris estaba recubierto de nuevos impresos; nada se habia

respetado. El león de la plaza de la República, sobre todo, ofrecía un aspecto de los más pintorescos y curiosos. El pobre estaba completamente cuajado de papeles y bandas de todo género y de todos colores desde el verde manzana hasta el verde-escarlata. El animal de bronce tenía impresos pegados en todo su cuerpo, desde las fauces hasta la punta de la cola. El monumento mismo no había podido escapar a la brocha de los coladores, pues estaba literalmente rodeado de un cinturón de carteles tricolores recomendando la candidatura del general Boulanger. Igual suerte sufrían el león de Belfort, la estatua de Diderot y otros muchos monumentos. En realidad eran los últimos cartuchos... de papel que se quemaban, y se había querido hacer un colmo de publicidad dando a París el aspecto multicolor y abigarrado de un inmenso taller de imprenta, más bien q.^o el de una gran ciudad empennada en rudísima aunque pacífica batalla.

Y llegó la caída de la tarde, y con ella la hora del escrutinio. Desde hace mucho tiempo París no había presenciado un espectáculo parecido al q.^o ofreció la gran ciudad el domingo durante toda la noche. La multitud era inmensa a partir de las ocho, lo mismo en el corazón de París q.^o en los barrios más extremos. El tiempo, por otra parte, era magnífico y convidaba; los cafés rebosaban de clientes; en los grandes boulevares, los transeúntes se aplastaban materialmente unos contra otros en las anchas aceras, mientras en el arroyo los coches circulaban con gran dificultad. — Fútil decir cual era el asunto de todas las conversaciones. A las 9 empezaron a darse a la venta los periódicos suplementarios, dando los primeros resultados parciales. La multitud se arrebataba frenéticamente los números de las manos. En la calle Montmartre, la muchedumbre era tan grande, q.^o toda circulación a las 10 de la noche se hacía en aquel sitio no solo imposible, sino peligrosa. En frente del número 142, donde se hallan instaladas las redacciones de varios periódicos boulangistas, estacionaron constantemente, a pesar de la resistencia de la policía, más de 50.000 personas. El periódico La France había colocado un transparente por medio del cual iba a dando a conocer en grandes caracteres el resultado de la elección, a medida q.^o la redacción iba recibiendo los datos. Y como estos eran casi todos favorables a Boulanger, la multitud prorrumplía en aclamaciones entusiastas que se repercutían de eco en eco hasta llegar como una avalancha de voces en el corazón de los boulevares. — A las 11 1/2 de la noche fueron comunicados a la multitud los últimos resultados de la elección. En aquellos momentos — hay que confesarlo — París estaba verdaderamente imponente. Jamás habíamos presenciado nada parecido.

* * *

Por lo demás, y volviendo a las consecuencias de la elección del domingo, se está hoy como se estaba ayer, y probablemente como se estará durante muchos días, es decir, en la incertidumbre. El Gobierno consiguió obtener el jueves un voto de confianza de la Cámara, teniendo, por consiguiente, la fortuna de conjurar para sí, de momento, la crisis q.^o amenazaba su existencia; pero no hay nadie que, examinando bien la situación y los peligros q.^o la rodean no se pregunte todavía si la crisis general subsiste aun y si las medidas que piensa tomar el Gobierno bastarán a resolverla en bien del país y de la República.

(5.)
La semana que acaba de transcurrir ha sido también agitada y llena de grandes emociones por lo que respecta a los sucesos de origen extranjero.

De Hungría nos vinieron las primeras impresiones, y siguieron por lo que ellos revelan como sintoma, bien vale la pena de que dediquemos a los acontecimientos que las motivaron unas cuantas líneas.

He aquí la síntesis de lo ocurrido: La Cámara de Diputados de Buda-Pesth acababa de ~~votarse~~^{acordar} por mayoría de votos el pase a la discusión de los artículos de la ley militar - cuya presentación ha sido objeto de tantas protestas en el país -, levantando inmediatamente la sesión. A la salida de los diputados, un gran número de estudiantes que estaban esperando delante del Parlamento, aclamó ruidosamente a los miembros de la oposición, apostrofando a los del partido liberal. La excitación era grandísima. Cantábase toda clase de himnos revolucionarios, muchos de los cuales no habían sido oídos desde hacía más de 25 años, estremecidos con los gritos de "¡Viva Kossuth! ¡Abajo Tisza!"

Esta misma manifestación se había hecho antes de una manera mucho más ruidosa, cuando los diputados fueron a la Cámara. A medida que iban entrando los individuos de la oposición, eran saludados por gritos entusiastas, mientras que los miembros de la mayoría eran acogidos por la multitud con toda suerte de dictérios y silbidos hasta su entrada en el Parlamento. - El primer ministro Mr. Tisza, no escapó a las iras de los manifestantes, quienes, tan pronto como aquel bajó de su carruaje para penetrar en el edificio donde se halla instalada la Cámara, le saludaron con una ~~de~~ silbidos y apostrofes como nunca se había visto en Buda-Pesth, ni aun en los tiempos de más agitación revolucionaria. En el salón de sesiones aguardaba al primer ministro una segunda manifestación por el estilo de la de la calle. Allí el tumulto fue verdaderamente mayúsculo. El público de las galerías dirigía los más violentos gritos contra Mr. Tisza. Todo el mundo estaba de pie, y se cruzaban entre los grupos toda clase de invectivas e interpelaciones. Los diputados de la oposición hacían coro con el público, en tanto que los de la mayoría aclamaban a Mr. Tisza. El presidente de la Cámara se hallaba en la imposibilidad de restablecer el orden y amenazaba con hacer evacuar la sala. Por fin un diputado opositorista, Mr. Ugron, consiguió dominar el tumulto, y pronunció un discurso. Después del cual pudo procederse a la votación nominal.

Como antes indicábamos, a la salida de los diputados, y una vez conocido por la multitud el resultado de la votación, la manifestación fue por todo extremo ruidosa. Los diputados de la mayoría fueron recibidos entre apostrofes y silbidos; pero nada puede compararse con la tremebunda silba con que fue acogido Mr. Tisza cuando, aprovechándose de un momento de confusión de la multitud a causa de la aparición de un destacamento de guardias de a caballo, salió entre

corrido y avergonzado de la Cámara para refugiarse en un carruaje, que, al trote, le condujo en un santiamén a su casa.

Esas manifestaciones se prolongaron hasta las diez de la noche (esto ocurría el martes), hora en que la policía, considerablemente reforzada, consiguió, no sin grandes esfuerzos, dispersar los muchos grupos que se habían formado y que recorrían la población en ademán revolucionario.

x x x

Y he aquí que no habíamos tenido aun tiempo de reponer-
nos de la sorpresa que nos causaran los sucesos ocurridos en la capital
de Hungría, cuando viene de repente el telégrafo a notificarnos con
su rudo laconismo que el principe imperial de Austria, el archi-
duque Rodolfo, acababa de ser encontrado muerto en su propia ca-
ma en un castillo a dos leguas de Viena, a la mañana siguiente
de una partida de caza. Los primeros telegramas que nos reve-
laron el súbito fallecimiento del principe daban a entender, aten-
perándose a la primera version oficial, que la muerte habia si-
do ocasionada por un ataque fulminante de apoplejia. Esta
version, sin embargo, fue acogida por todo el mundo con la mayor
incredulidad; y nosotros, los primeros, recordando que el archidu-
que Rodolfo gozaba de una salud perfecta y que su edad no al-
canzaba más allá de los 31 años, hubimos de presumir - por ex-
traño presentimiento guiados - que el joven principe, más que
a muerte natural, habia sucumbido a muerte violenta, o vic-
tima de un accidente de caza o bien victima de alguna secre-
ta venganza.

Por lo visto no nos engañamos en nuestros presentimien-
tos. No diremos aun que estemos en posesion del verdadero secre-
to de esa muerte misteriosa y trágica que tanta sensacion ha pro-
ducido en todos los círculos del viejo continente; pero si podemos
asegurar, cuando menos, que el instinto popular no se ha en-
gañado - y nuestros presentimientos tampoco - cuando, en presen-
cia de la última version oficial declarando que la muerte del ar-
chiduque Rodolfo es debida a un suicidio, todo el mundo ha creído
adivinar justo, atribuyendo este súbito fallecimiento del infortuna-
do príncipe, más que a propio cansancio de la vida a un acto cri-
minal de ajenas represalias, cuyo carácter y origen son de índole de-
masiado delicada para que nos atrevamos siquiera a apuntarlos a
la ligera en nuestra crónica sin tener a mano las suficientes y necesarias
pruebas. El respeto que nos merece siempre la muerte de quien quiera
que sea, máxime cuando el cadáver está aun caliente y la tumba
no está todavía cerrada - como sucede en el presente caso - nos impide
con fuerza y repulsion invencible a levantar hoy la punta del velo que
encubre el misterio de ese trágico acontecimiento que por tan singular
y extraño modo acaba de llenar de estupefaccion a Europa entera, reuniendo
a una de las más antiguas familias reinantes del viejo mundo en el mayor descomuelo.

Arturo Villardell Boig